



SAN GORDO, EMPERADOR

El día amaneció gris, como cualquier Gobierno de concentración parlamentaria. Gris, pero templado, porque el frío se fué con las sombras de la noche, como apiada de los miles de almas que en la Puerta del Sol, frente a nuestras carteleras, se disponían a esperar la aparición del Santo del día: San Gordo, Emperador.

Con reproducir el artículo de todos los años estaría cumplida nuestra misión: los mismos anhelos, iguales esperanzas, idénticas ilusiones. Y después, el desencanto, que nos obliga a repasar el listín interminable en que hemos anotado las participaciones.

Los moralistas, sin perjuicio de llevar en la cartera sus participaciones correspondientes, comentan, como todos los años el recrudescimiento del vicio nacional, y con cálculos abrumadores demuestran que todos esos millones, invertidos en empresas de ahorro y de trabajo, serían algo así como el comienzo de la regeneración de España.

No es lo malo el dinero que se invierte, porque ese, al fin y al cabo, si no fuera a las administraciones de la Lotería, iría a todas partes menos al Monte de Piedad. Lo peor es ese día de esperanzas febriles, en que todos los españoles soñamos con dejar nuestro taller, nuestro estudio, nuestro bufete, nuestra clínica, nuestro almacén si el «gordo» nos favorece.

En la locura de planes de estos días no se nos ocurre pensar en el mejoramiento de la industria ó de la profesión á que nos dedicamos, en hacerla más útil y de mejores rendimientos para el país.

—Si me tocara el gordo, tiraríá por el balón los trastos...

Y es que en España hemos llegado á creer incompatibles el dinero y el trabajo, quizá porque hay mucho de éste y poco de aquél.

Un yanqui, un inglés, un alemán, ante la perspectiva de un buen golpe de la fortuna, planea ampliaciones de su negocio ó concibe nuevas empresas. Aquí la labor es más fácil. Con un lápiz y un papel de fumar arreglamos nuestra vida futura para caso de suerte: tantos miles de pesetas, que al tanto por ciento en papel del Estado producen tanta renta.

langosta sobre un campo de energías y de actividades en flor. Claro que á nosotros, que también nos sentimos ayer moralistas mañaneros, nos hubiera agradado mucho que el amigo nos visitara; pero esa no sería razón para que cambiáramos de modo de pensar... aunque hiciéramos lo mismo que todos los soñadores de Lotería.

En estas reflexiones nos sorprende la hora del sorteo.

La Puerta del Sol es un hormiguero humano, formado por todas las hormiguitas que piensan llevarse á casa el grano para el invierno. A cada número que aparece en los lienzos de las balcones de LA CORRESPONDENCIA DE ESPAÑA responde un clamoreo de satisfacción ó de rabia.

De pronto sentimos una sacudida eléctrica. El segundo en Madrid, con el bonito número 2.137. Aunque la suerte no ha rondado por este barrio, sentimos un poco de emoción pensando en la alegría de los convecinos afortunados, otros tantos contadores del cupón, seguramente. Inmediatamente tenemos que rectificar, porque el segundo se ha ido á Londres, como si nos hubiera estado oyendo.

Y no va más. Ha terminado el interés del día en un minuto. Acaba de aparecer triunfante y retador, caballero en alado corcel, San Gordo, Emperador.

¡El 18.073, en Madrid!

¡Bonito número y bravo pueblo este que tal carga de millones se lleva!

Si ellos sirvieran para una multiplicación del trabajo y un mayor desarrollo de iniciativas y no murieran en el estancamiento del papel del Estado, merecería la timba nacional la gratitud de todos.

El sorteo

A las siete de la mañana.

El modesto repórter madrugó ayer más que de ordinario y llegó á la Redacción, ¿por qué no decirlo?, abrigando á más de su cuerpo una esperanza halagadora: la de que el número que jugaba saldría premiado, y podría, si no salir de pobre, al menos echarse un remedio, como vulgarmente se dice.

Al llegar á la sala de máquinas encuentra á uno de los más antiguos operarios de la casa y le comunica sus esperanzas; el repórter tiene ilusiones aún; espera que lo diosa Fortuna se compadecza una vez de su infelicidad y le otorgue sus favores.

El simpático operario sonríe socarronamente, y exclama:

—¿Qué cándido!

—¿No tiene usted esperanzas de que nos toque un premio?—le pregunta el repórter, y el operario replica:

—Hace treinta y cinco años que trabajo en LA CORRESPONDENCIA DE ESPAÑA y todas las Navidades hemos jugado, como en ésta, nuestro billete; pues bien, en los treinta y cinco años ni uno tan sólo hemos alcanzado premio. Por cierto, que hace varios años, no recuerdo la fecha, nos quedamos sin jugar en el número de la casa unos cuantos cajistas, y acordamos probar fortuna comprando entre todos un décimo, que entonces costaba diez duros, y entonces fué á única vez que tuvimos suerte.

—¿Les tocó á ustedes algún premio bueno?—No; no alcanzamos premio alguno, pero tuvimos el reintegro.

Y el repórter, ante las noticias que el buen operario le comunica, siente desfallecer el ánimo, no confía ya en que el número que juega con sus compañeros de profesión va á resultar premiado. Si en treinta y cinco años no se ha acordado la voluble diosa Fortuna de esta casa, tampoco es de esperar que ahora se acuerde, y el repórter sale de la Redacción para comenzar su labor informativa, dispuesto á comunicar á los lectores de LA CORRESPONDENCIA DE ESPAÑA cuanto logre averiguar de los felices poseedores de números premiados; pero convencido de que no será él ni ninguno de sus compañeros los que tengan que pensar en qué emplear los millones del sorteo de ayer.

En la Casa de la Moneda.

No estaba la mañana de ayer, no obstante ser más apacible que las que venían estallándose en anteriores días, para abandonar el lecho; pero el cumplimiento del deber se impone, y el repórter que estas líneas traza se echó á la calle cuando el alba daba principio, dirigiéndose á la Casa Nacional, en que se acaban los argentíferos discos y de cuyo simpático edificio habla de salir pocas horas después la colosal fortuna que á España trae de cabeza, porque no hay que dudarlo, todos los españoles esperan el día clásico de ayer (y es ya el colmo) con más entusiasmo é impaciencia que los encasillados en Gobernación aguardan sus actas para las próximas elecciones generales.

Y son las siete de la mañana y dos hogueras se ven lucir, junto á la Casa de la Moneda, porque la cola se encuentra allí. En todos reina paz y alegría; de la candelá nadie se aparta porque está el día; Virgen María,

para pasarlo junto á las ascuas.

Todos se miran igual que hermanos pues su infortunio les hace iguales, y alaban todos con alma y vida las buenas almas que bien les hacen.

Y con sobrada razón, toda vez que las personalidades é hijos del pueblo que los socorrieron anteanoche con prendas de abrigo y algunas provisiones de boca, ampararon á verdaderos hombres desgraciados, que desafiando á las pulmonías defendían á pie firme el puesto para negociar por la cantidad de ocho pesetas.

No hay duda alguna; dichos seres acusan á todas luces necesidad apremiante y honradez á toda prueba.

Todos los individuos que el apéndice constituyen, aun cuando al parecer hallábanse les organizados ayer mañana, no había tal, pues si bien, como llevo dicho, estaban hacien lo honor á las candelas, tenían en sus bolsillos el número correspondiente al puesto que habían de ocupar; por esto, cuando las ocho se dejaron oír, todos los congregados formaron sin atropellos y en medio del mayor orden la tan respetada «cola», pues hora era ya de que los puestos se cotizasen, toda vez que las personas relativamente acomodadas que pretendían presenciar el sorteo más atrayente del año iban llegando á las inmediaciones de la fábrica más importante de la nación.

Pero nadie contrataba y la «cola» se amoscaba.

Sólo se sentía un frío de padre y muy señor mío.

Por una cuestión pequeña salieron dos á la greña.

Guardias de Seguridad imponen su autoridad.

No se ve, ni por el forro, á «Don Feliz del Mamporro».

Mirando al blancuzco cielo muchos consumen recuelo.

De la Moneda, á la Casa, nadie sin un pase pasa.

Poco después de las ocho y media llegaron los colegiales de San Ildefonso, que eran los encargados de extraer de los respectivos bombos los números y los premios.

He aquí sus nombres: Julián Ortega Rivero, Manuel Pérez Monedero, Jesús Romero García, Luis Vega Reimundo, Rafael Pérez Olamaya, Manuel Sardinero García, Carlos Victoria Ranz, Luis Garboles del Val, Antonio Sancho Caballero, Manuel López García, Emilio Sáez Villanueva, Cipriano Fernández Peinado, Manuel Na-

varro Ortega, Eugenio Baonza Lázaro, Julio Ramos Rodríguez y Luis Santaella López.

Los escolares fueron recibidos con exclamaciones y aplausos por los de la cola y por la numerosa concurrencia que á los del apéndice rodeaba.

Al dar las nueve, dos minutos y tres segundos, se dió la orden para que el público que la cola formaba penetrase en el salón de actos, siendo de advertir que solamente el individuo que el cuarto sitio ocupaba lo enajenó por la gran cantidad de tres pesetas.

El desfile se hizo con el relativo orden que puede suponerse.

Cuando el público penetró en el salón, éste hallábase casi totalmente ocupado por otras personas que, sin madrugar tanto como él, hallábanse acomodadas en sus asientos, viéndose en éstos también algunas señoras.

La Mesa.

Componen la Mesa presidencial D. Alejandro Ruiz de Tejada, el concejal D. Sotero Pascual, D. Teodoro Tapia, fiscal, y como secretario, D. Juan Buitrago.

A las nueve y cuarto empieza el recuento de bolas, sin incidente alguno, y seguidamente da comienzo el embolado, verificándose sin novedad de ninguna clase.

Instante supremo.

El reloj señala la una y el colegial Manuel Navarro canta el número 18.073, al cual responde otro niño, Eugenio Baonza:

«Con 6.000.000 de pesetas.»

Echó el número el colegial Julio Ramón y el premio, su compañero Luis Santaella.

La emoción que se apodera del público después de lo tarde que hizo su aparición el «gordo», al saber que corresponde á Madrid, es extraordinaria; el ruido que con toda clase de comentarios se produce y el saludo que al «Quitapenas» se dedica, es verdaderamente entusiasta y solemnísimos.

Y así le saludaría, cosa que á ninguno extraña, toda España, si es que España este acto presenciaria.

A partir de este momento, verdaderamente transcendental é histórico, la sala va desalojándose en gran parte y la desilusión se agranda como mancha de aceite.

Y ahora, puesto que todo lo principal relativo á la fiesta de ayer narrado queda á vuelalápiz, abandono también el sitio de la ocurrencia, diciendo para mi gabán, pero en unión de los que desfilan

Estamos amostazados, y cansados y aburridos, pues son muchos los llamados y pocos los escogidos.